



187. 22. de. Arto. de. 1033. Don Ramiro. vencedor del sarraceno de St. Catalina.

## MONTEARAGON.

(ARAGON.)

Desde su lejana eminencia la belicosa mole de Montearagon nos convida á contemplar de cerca sus incendiadas ruinas. Conforme nos aproximamos á ella, atravesando la interpuesta llanura, el árido cerro sobre el cual se asienta, tapizado de menudas yerbas, se asemeja á una piel de tigre tendida á los pies de un monje armado de punta en blanco, que tal parece el grandioso monasterio con su cintura de altísimos y rojizos muros y de imponentes torreones.

J. M. CUADRADO. — Aragon.

### I.

#### EL PUEYO DE DON SANCHE.



**U**ERTO el rey Ramiro junto á los muros de Graus en la batalla que por los años de 1063 le presentara su deudo el rey de Castilla, sucedióle en el trono de Aragon y de Sobrarve su hijo Don Sancho I, que grande fama debia dejar en las crónicas é historias de incansable guerrero y cristiano capitán. Estenso era ya el catálogo de sus victorias contra los sarracenos, cuando dispuso la conquista de Huesca, la *Oscá* la ilerjete, la *villa vencedora* de los romanos, la cuna de los ambiciosos sueños de Sertorio, la ciudad que el amigo de Mario hubiera dado sin duda por rival á Roma á no cortar la carrera de sus colosales proyectos el puñal del traidor Perpenna en medio de la algazara de un festin.

Pesaba en aquel entonces sobre la ilustre Huesca el yugo del rey moro Abderramen, y bien comprendió Don Sancho que gran hazaña conseguiría si arrancaba á las huestes del profeta aquel baluarte, nido desde donde se lanzaban los moros como aves de rapiña sobre los cristianos de las vecinas comarcas.

Llamó pues el monarca de Aragon á todos sus caballeros y vasallos, comunicóles la empresa que con ayuda de Dios habia proyectado llevar á cabo, y vistiéndose la armadura de que apenas se desnudó en toda su vida, — tan seguidas y continuas fueron sus campañas, — empezó la bella y brillante serie de jornadas que debia dar larga honra é imperecedera prez á su nombre y fama.

Fué adelantando terreno de batalla en batalla, de conquista en conquista. A su órden, tres fortalezas ganadas levantaron su frente erizada de almenas para defensa de los cristianos que hacian la guerra en la comarca.

Fueron estas fortalezas Marcuello, Loarre y Alquezar, y las tres al erguirse sañudas, al presentarse como primera línea de circumvalacion, y al vomitar cada dia por sus herradas puertas torrentes de cristianos guerreros, auguraron al rey Abderramen la próxima pérdida de su disputada Huesca.

Era Alquezar por su fortaleza y sitio la llave y defensa de la entrada de Sobrarbe, colocada como se hallaba en un alto monte de donde se divide la sierra de Arbe por la ribera del rio Vero que atraviesa aquella montaña. Desde este lugar y de su fuerte castillo se hacia crudelísima guerra á los moros, corriendo y talando sus campos y huertas; desde allí fué ganando el rey Don Sancho toda la tierra que está á las faldas de la sierra hasta llegar al collado de Montearagon y dominar á Huesca, pudiendo plantar sus tiendas al pié de sus mismos muros.

Al verse dueño Don Sancho de aquella cúspide, al ver que habia completamente arrojado á los moros de las montañas siendo él el primer príncipe que les redujera á la tierra llana, al verse allí mismo llamado por los navarros para legítimo sucesor de aquel reino por muerte de su primo Don Sancho el noble, al ver que fortuna y victoria todo le sonreia, dejó que le sonriera tambien una idea y fué la de fabricar allí mismo, sobre aquella eminencia, un edificio que pudiese llevar impreso el sello de su doble pensamiento guerrero y religioso, un edificio que pudiese ser á un mismo tiempo castillo y monasterio, fortaleza y templo.

En efecto, el 13 de junio de 1085 empezaba á elevarse sobre Montearagon, corona de su cima, un edificio que del collado mismo en que nacia debia tomar su nombre.

Oigamos lo que dice una crónica.

«Hízose esta fábrica por dos fines, el uno para que sirviese de sagrado y refugio para los cristianos que cada dia peleaban contra los moros de Huesca, y el otro para que estuviesen allí religiosos que los animasen, confesasen, consolasen y ayudasen con consejo, oraciones y armas espirituales, como en San Juan de la Peña, en los principios de la recuperación del reino, y en muchos años despues se habia hecho. Hízose á manera de fuerza, y tal que en aquellos tiempos era inespugnable, por estar sobre lo alto de un monte, fundado mucha parte dél sobre peña y piedra, y con muy gran coste y dificultad por el trabajo que se ofrecia en subir el agua y otros materiales á aquel puesto. Mayormente andando siempre con las armas en las manos, con rebatos continuos, escaramuzas, y peleas cotidianas. Que cosa cierta es que así como los cristianos daban calor y priesa á la obra y castillo, de donde pensaban con toda seguridad conquistar á Huesca, habian de estorbarla los infieles con todas sus fuerzas; sospechando que habia de ser su total ruina una fortaleza tan grande á las puertas de su ciudad y de sus muros, llena de gente tan esforzada y animosa, y que peleaba por la fé de Cristo, por la patria, por la libertad, por la venganza de mil oprobios recibidos, por la recuperación de sus antiguas posesiones y bienes.

«Acabose el castillo, prosigue la crónica, con sus muros y antemurales de á doce palmos de grueso, de ciento y veinte en alto, con once torres fuertes, puestas á trechos. Tenia una sola entrada y puerta con sus puentes levadizos, cadenas y otros ingenios que para la seguridad de semejantes castillos se suelen hacer. Había plaza de armas, casa para los reyes, aposentos para capitanes y soldados, y habitacion muy buena para el abad y sus canónigos. Una de las torres estaba llena de armas. Teníale nuestro rey muy proveído de municiones y vituallas, y de todas las cosas que para tan grandes empresas, que desde aquel punto pensaba hacer, eran necesarias.»

Luego que la vió concluida, enamorado parece que quedó el rey Don Sancho de su obra. Así debe pensarse al ver, segun hallamos apuntados en las crónicas, los inmensos beneficios de que la dotó con liberal y pródiga mano.

Quiso en primer lugar que habitaran aquella nueva morada canónigos regulares de San Agustin, cuyo instituto movia entonces gran ruido en Francia y á los cuales era muy particularmente aficionado Don Sancho.

Dió tambien al templo el título de *Jesus Nazareno*, palabras que tenia siempre en su boca y que se hallan en casi todos sus privilegios una y mil veces repetidas.

Hízole por fin tantos y tan grandes bienes, según otra crónica, y donaciones tan insignes y tantas, que no parecerá posible al poder que los reyes de Aragón tenían en aquellos tiempos. Dióle las décimas de infinitos lugares y tierras, muchas posesiones, las rentas de muchas iglesias; sujetole muchos monasterios con sus rentas, tierras, heredades y derechos. Es muy averiguado, dice un cronista, que á mas del edificio suntuoso que así en la casa como en la iglesia hizo, le situó renta en mas de ciento y diez y ocho lugares, iglesias, tierras y monasterios, con todos los derechos que les pertenecían, y tuvo jurisdicción espiritual y temporal en mas de noventa pueblos con poco menos de cuarenta mil ducados de renta.

Quiso en una palabra aventajar tanto el rey á Montearagon, que luego de tener allí canónigos regulares, prometió á su abad que entrada la ciudad que sitiaba, asentaria en aquel monasterio la silla catedral de Huesca, si bien esto no se cumplió, aun cuando intentó llevarlo á cabo su hijo Don Pedro, por el pleito que puso y ganó el obispo de Jaca. En cambio, Don Pedro dió al monasterio de Montearagon la capellanía de la Azuda, que era el palacio real, y mandó hacer al abad de Montearagon capellan mayor y superior ordinario de aquella capilla.

Orando estaba Don Sancho una mañana en el templo obra suya, cuando vió en la puerta á un su camarero á quien habia mandado llamar para ir á recorrer todos los puntos avanzados y calcular el sitio que mejor parecería para atacar á Huesca.

Acabó pues su oracion, y dejando á los canónigos que continuasen rezando para el triunfo de sus armas sobre las de Abderramen, salió con sus principales guerreros á visitar las avanzadas.

Recorriendo la línea, llegó á un cerro muy inmediato á la ciudad de donde eran los moros muy ofendidos, y reconociendo el muro, vió cierta parte de él mas endeble donde le pareció que se podría mas facilmente combatir.

En seguida empezó á dar disposiciones y levantó el brazo para señalar aquel sitio. Precisamente entonces una saeta enemiga disparada desde uno de los torreones que aun permanecen en frente del cerro, vino á clavársele bajo el brazo pues que su accion dejara descubierta la escotadura de la loriga.

Sintiose herido de muerte Don Sancho, pero desimuló con varonil ánimo y con reiterada fuerza de voluntad.

Arremolináronse todos los nobles á su alrededor para arrancarle la saeta, pero él se lo impidió. Demasiado conocia que la vida se saldria por la herida.

Dió orden para que en seguida y allí mismo se reunieran los caballeros y ri-

coshomes junto con sus hijos Don Pedro y Don Alfonso, y cuando á todos les tuvo convocados, hízoles con ademan sereno un discurso sobre los riesgos de la guerra y la oportunidad de nombrar un sucesor para cualquier evento. Aceto continuo, tomoles el juramento de fidelidad al príncipe Don Pedro, obligóle á este á hacer en sus manos el voto de que no abandonaria el cerco hasta que la ciudad fuese ganada, y consolando á sus hijos y á los que allí estaban con singular esfuerzo y cristiana conformidad, arrancóse la saeta de debajo el brazo y rodó muerto sobre el cerro.

Desde aquel dia el cerro quedó llamado *el pueyo de Don Sancho*.

Fué su cadaver llevado á Montearagon y allí estuvo en el templo sin ser sepultado durante todo el tiempo del sitio, hasta que, ganada Huesca, se le trasladó á San Juan de la Peña.

Aun no tenia tiempo de haberse enfriado su cuerpo, cuando retumbaron las bóvedas del castillo-monasterio con los alaridos de las huestes que combatian en Alcoraz.

Brillante jornada fué!

Montearagon vió arremolinarse á sus piés cristianos y sarracenos, y, mudo espectador, esperó con ansiedad el grito de victoria de las huestes de su fundador; para lanzar por vez primera al viento sus campanas y entonar con sus voces de bronce, que despertaban los ecos de la montaña, el primer canto de gloria sobre el cadaver real amortajado en su seno.

Cantemos esta jornada.

## II.

EL PALADIN DE LA CRUZ ROJA.

(BALADA.)

APARECED sobre los picos que como un collar de almenas bordan los Pirineos, bardos! Dibujad en el horizonte la silueta de vuestro cuerpo envuelto en su ta-

lar ropaje de anchos y clásicos pliegues, ceñid vuestras sienes con la rama del laurel, dejad que se desprenda sobre vuestros hombros la blanca cabellera, empuñad el harpa que canta á la alondra que saluda el día; al ruiseñor que modula á la noche un himno misterioso, á la bella pensativa que sueña en amores junto á las márgenes del bullente arroyo, al guerrero proscrito que ve brillar en el zenit una pálida estrella y piensa en su patria esclava!

La patria es esclava, bardos! Pero no importa! Apareced, apareced en los picos de los Pirineos y preparad el harpa, el harpa de los amores y de las hazañas. Hoy es un gran día, bardos!

Hoy es un gran día. Pronto vereis una línea de rojo fuego como el que indica la cercanía de una inmensa fragua aparecer en el horizonte. Es el sol que rasgará todas esas montañas de niebla que ondulan misteriosas á vuestros pies posadas sobre el valle como un velo de gasa para proteger el himeneo de las flores. Cuando el velo se rasgue, se os aparecerá el valle como un botón de rosa que se abre para lanzar al aire sus aromas; los grupos de nieblas irán á coronar los mas próximos picachos; los enjambres de abejas volarán á sorber y libar las trémulas gotas de rocío olvidadas en los pétalos de las flores; el sol sacudirá su cabellera y ahogará la tierra con la lluvia de su polvo de oro. Mirad entonces, bardos!

Mirad entonces, bardos! Mirad y estremeceos! El guantelete de hierro ha herido el broquel y el broquel ha contestado con un gemido lúgubre. Su férrea voz ha ido retumbando sonora como el trueno que rueda por los espacios, despertando á su paso todos los ecos perezosos del valle, todos los ecos dormidos de la montaña. La patria ha llamado á sus hijos. Todos han abandonado sus moradas y corren á alinearse en falanges en la llanura. Para vigilar sus hogares han dejado sus madres y sus novias. La victoria es la madre del soldado, la espada es la novia del guerrero. Buenos amantes son, son buenos hijos!

Buenos amantes son, son buenos hijos! Ya está dicho. Miradlos sino, oidlos

sino! Han jurado ante todos los que viven, han jurado ante todos los que duermen en la tumba, no soltar las espadas que sus manos elevan al cielo, mientras estas mismas manos no caigan cortadas por el alfanje sarraceno. Salud, nobles de Aragon! Los bardos os saludan!

Os saludan y os cantan. Llanura de Alcoraz, tú te has estremecido al paso de los guerreros, tú les has sostenido en el combate, los frutos de tu tierra han sido fecundados con sangre mezclada de moros y cristianos. Llanura de Alcoraz tú has visto nacer á cien guerreros, tú has visto nacer á cien familias. Sepulcro y cuna has sido á un tiempo, llanura de Alcoraz!

— Sí, sepulcro y cuna has sido! Pues qué, no murieron en tu jornada los valientes entre los valientes?... Pues qué, no datan de tu día las glorias de Aragon? no se enorgullecen sus mas preclaras estirpes de haber brotado fecundadas con la sangre de Alcoraz?... Digna, heroica jornada!

Digna, heroica jornada! En el fondo de la montaña el torrente nace de una peña con un rugido y se precipita y salta y rueda espumoso y empieza su carrera salvaje: así se lanza repentinamente el ejército moro por la puerta de Huesca á la llanura. Quiénes son aquellos ginetes envueltos en sus blancos alquiceles que corren á su encuentro?... Mas innumerables son que las estrellas del cielo, que las arenas del mar. Son los moros que mandados por tres reyes acuden en auxilio de la sitiada Huesca. Y aquellos otros hombres que van mezclados con ellos y pertenecen sin embargo á distinta raza?... Cristianos son que les apoyan, cristianos aliados que manda un conde de Castilla....

Un conde de Castilla!... Un conde de Castilla con los moros contra sus hermanos!... Ay! Sí!... Lloradlo, bardos!... La llanura de Alcoraz se ha convertido en un revuelto mar de turbantes; dispersos por aquel mar se ven grupos de cristianos como puntos negros, como si fueran rocas resistiendo el embate de las olas pero próximas á ser sepultadas por las aguas. Ay! muchos, muchos son los moros! Y sin embargo, para todos es hombre Don Pedro.

Para todos es hombre Don Pedro, el que ha jurado á su padre moribundo no abandonar el cerco sino vencedor ó cadáver, el que ha jurado sobre el cuerpo de Don Sancho y ante el altar de Montearagon hacer correr rios de sangre sarracena en venganza de la muerte que ha dado al rey mas noble la mas traidora saeta disparada de un adarve. Noble y valiente es Don Pedro!

Noble y valiente es, pero no lo son menos los que combaten á su lado dos contra ciento, uno contra veinte. Aquel que pelea en la vanguardia y se hace un muro de cadáveres enemigos, es Don Alonso el hermano del rey, el que debe un dia ocupar el trono. Aquel otro es Gaston de Biel de quien descendieron los Corneles, el otro Barbatuerta que dió origen á los Corellas. Mas allá, aquellos dos combatientes que se divisan por su estrangera armadura y se hacen notar por su invencible espada, son dos hijos de un emperador de Alemania, atraidos entrambos por la piedad como peregrinos al sepulcro de Santiago y de allí como aventureros al cerco de Huesca. Llámanle al uno Conrado y al otro Maximiliano....

Maximiliano, aquel del que descende la noble prosapia de los Jimenez de Urrea. Corto es el número de los hombres de Don Pedro. Es solo un puñado, pero un puñado de héroes. Allí Ferriz de Lizana, allí Briocalla, y Ladron, y García de Trujillo, y Lope y Gomez de Luna, y Jimeno Aznares de Oteyza, y Sancho de la Peña, y otros y otros, todos haciendo prodijios de valor, todos peleando como leones acorralados... Y aquellos?... Ay! mirad aquellos? quiénes son aquellos?

Aquellos son trescientos hombres cubiertos de salvajes pieles, armados de herradas mazas erizadas de puas que destrozan los cráneos sarracenos mal protegidos por los débiles turbantes, y que hienden las huestes como una muralla de bronce gritando ó mejor ruiendo á todos los que caen á sus piés, triturados por sus terribles mazas: Huid, huid! somos los hijos de las montañas!

Los hijos son de las montañas en efecto. Trescientos montañeses al mando

de Fortun de Lizana que redime á fuerza de hazañas la culpa que le valió un destierro en el anterior reinado y que desde la jornada de Alcoraz unirá á su nombre el de *Maza de Lizana*. Pero silencio! silencio! que es eso?... Bardos, no veis?...

No veis á un caballero de refulgentes armas con cruz roja en el pecho y en el escudo que de pronto ha aparecido entre los cristianos montado en un caballo blanco como la nieve?... Quién es? Todos le miran y nadie le conoce. Cómo ha llegado allí? de dónde viene? Y aquel otro caballero que le sigue á pié con cruz roja tambien en el pecho y en el escudo? Nadie le conoce tampoco. Los dos hacen prodijios, pero el ginete, el ginete sobre todo!

Sí, el ginete sobre todo. Penetra y se desliza por entre los mas apiñados escuadrones como si fuera una sombra; todos los que toca con la espada á diestra y siniestra caen muertos á sus piés; su armadura repele todas las saetas y los alfanjes que caen sobre su casco ó escudo se rompen como cañas. Diríase que un poder misterioso le protege. Marca su paso una larga hilera de muertos. Oh! cuántos muertos!

Cuántos muertos! Treinta mil entre todos duermen, para no mas despertar, en tu ensangrentada superficie, llanura de Alcoraz. Cuatro reyes yacen entre los cadáveres, cuatro reyes cuyas ensangrentadas cabezas han de ser el pendon que guie de hoy mas á la victoria á los valientes aragoneses. Cuántos muertos y cuánta sangre, bardos! Don Pedro es el vencedor. Viva Don Pedro!

Viva Don Pedro! Huesca es suya, la ha ganado con la sangre de sus valientes vertida á arroyos en la llanura de Alcoraz. Gritad, clarines y atabales; gloria á Don Pedro! Cantad, campanas de Montearagon: Gloria á Don Pedro! Repetid todos los ecos del valle y de la montaña: Gloria á Don Pedro!... Va á empezar el repartimiento del botin, la distribucion de mercedes.

Va á empezar la distribucion de mercedes y todos los ricoshombres se pre-

sentan. — Y el caballero de la cruz roja? el que ha hecho prodigios en la batalla? el que ha matado él solo mas sarracenos que todos los ricoshombres juntos? Oh! dónde está ese guerrero misterioso, el que en todas partes ha sido visto con su caballo blanco y su cruz colorada? Buscadme al guerrero de la cruz; por vuestra vida que me lo busqueis, señores!... Y los nobles, obedeciendo solícitos el mandato de su rey, le buscan, le buscan...

Le buscan y no le encuentran. Solo han hallado á su compañero el que iba á pié tras su caballo, quién, atónito, admirado, suspenso, vuelve á todas partes los ojos y pregunta por Antioquía, pregunta por los cruzados, pregunta por el campeón misterioso que aquella mañana al ir á empezar en la Tierra Santa el asalto contra Antioquía, le invitó á montar en la grupa de su caballo blanco para entrar en la batalla.... Milagro! Milagro!

Milagro! milagro! Esta palabra es la que corre de boca en boca, es la que llega á oídos del rey. El caballero de la cruz roja era San Jorge, el mismo San Jorge que en un momento y por los aires había trasladado á un cruzado catalán, á un Moncada, de los campos de la Tierra Santa á la llanura de Alcoraz, del cerco de Antioquía al de Huesca. El rey cae de rodillas con su ejército y da gracias al campeón San Jorge.

Al campeón San Jorge cuyo nombre fué desde entonces el grito de guerra de los cristianos aragoneses, y cuya cruz colorada con las cuatro cabezas de jeques moros recojidas en el campo de batalla, sirvieron de blason á la monarquía hasta que lo trocó por las sangrientas barras catalanas. Tal fué la jornada de Alcoraz.

Jornada de Alcoraz, hermosa epopeya de nuestra historia, cántente los bardos que se alzan envueltos en las nieblas sobre los picos de los altos Pirineos, lóente los peregrinos que, de rodillas sobre el pavimento de Jesus Nazareno, al alzar los ojos al cielo, ven colgadas las banderas de los moros en las bóvedas de Montearagon!

Montearagon!... Ay! Ya no existen las banderas.... ya no existe Montearagon. Solo quedan en pié algunas humeantes paredes para recuerdo de su nombre y de su gloria.

### III.

#### OTRA JORNADA.

APENAS las puertas de Montearagon se abrieron para dar paso al cadáver de Don Sancho que hubo el templo en depósito hasta mucho despues de la entrada de los aragoneses en Huesca, tuvieron á no tardar que volver á abrirse para recibir otro cadáver real que allí se enviaba á dormir su eterno sueño.

Los que tan triste ofrenda hacian á Montearagon, los que allí condujeron los restos de un rey ilustre, encargaban al abad que los hiciese enterrar en secreto y que guardase el mayor silencio por el pronto sobre aquel enterramiento.

Prometiólo el abad, y los que habian acompañado el cadáver se retiraron satisfechos.

Mientras no quitaron el sello del juramento que ligaba los labios del abad, nadie supo que allí durmiese su postrer sueño el rey Don Alfonso *el batallador*.

Ignoróse pues por algun tiempo, pero era que importaba á los intereses de toda una nacion que se ignorase.

Veamos como.

Por muerte de Don Pedro, sucedido habia en el trono de Aragon Don Alfonso su hermano, que, digno rey y digno guerrero; no pensó mas que en engrandecer los límites de su reino conquistando pueblos y castillos á los moros.

Largo era ya el catálogo de sus hazañas cuando, infatigable por añadir nuevas glorias á las de sus célebres hechos de armas, intentó Alfonso llevar la